

Del ascensor Artillería hasta la Plazoleta de la Justicia



Resumen: Este recorrido zigzaguea por entre gran parte del casco histórico de Valparaíso, declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco. Ofrece dos interesantes museos, el Naval y el Lord Cochrane. Los alrededores de la plaza Echaurren y los pies del cerro Santo Domingo, que circundan la iglesia La Matriz, constituyen un patrimonio cultural impresionante. Con todo, hay que tener presente que éste es el sector más pobre del casco histórico (el sector tres está en mucho mejores condiciones), por lo que es recomendable cierto espíritu de aventura.

Tiempo Estimado de Recorrido: 90 minutos a 2 horas.

Cómo llegar: Tome cualquier micro en Errázuriz o Pedro Montt que diga “Aduana” o, mejor aún, tome un trolley y bájese en la Aduana y suba por el ascensor al cerro Artillería.

Grado de Dificultad: En este sector hay una sola subida pesada, en el cerro Santo Domingo, y una más moderada, en el Cordillera. La primera puede evitarse acortando camino desde la plazuela Santo Domingo directamente a calle Cajilla, por Ulises, eliminando así la subida. Sin embargo, varios sectores de este recorrido exigen caminar por centenarios adoquines, muchos de los cuales se hallan rotos por el paso del tiempo. Tendrá que usar zapatos cómodos y evitar los tacos a toda costa.

Infraestructura Turística: Hay varios cafés, restaurantes, puestos de artistas y baños públicos alrededor del paseo 21 de Mayo al comenzar el recorrido. Una vez que empiece a caminar puede

que ya no encuentre otro baño limpio hasta la plaza Sotomayor, así que tome las debidas precauciones. En cuanto a comida, hay varias “picadas” cerca del mercado en la plaza Echaurren, claro que sólo recomendables para los turistas más aventureros. Al final del recorrido se encontrará ya en la plaza Sotomayor, en pleno barrio financiero de Valparaíso, con muchos servicios a disposición y finos restaurantes.



El Museo Naval

Frente al Paseo 21 de Mayo, descubrimos el Museo Naval. El monumental edificio alberga impresionantes patios y jardines, y la colección de cuadros, esculturas, mapas, piezas marítimas y reliquias militares es, sin duda, uno de los más interesantes de Chile. La espada de Arturo Prat constituye un

patrimonio obligado para cualquier amante de la historia nacional. Se cobra para entrar, pero es dinero bien gastado.

Ascensor Artillería

El ascensor Artillería, que desemboca en el paseo 21 de Mayo es uno de los más antiguos del Puerto. Posee dos carros, aunque antiguamente eran cuatro los que transportaban a los cadetes de la Escuela Naval con sus novias a las noches de carnaval. El ascensor data de 1893 y tiene un torno muy estrecho para pasar. Los carros son de madera y de gran capacidad, como tranvías suspendidos en el espacio. Todo el acceso es de madera original. Al entrar el visitante puede retornar a los tiempos en que el ascensor era un socorrido medio de transporte para subir al cerro y funcionaba a carbón. Hoy, el pasaje del ascensor tiene diversas tiendas de turismo, destacándose una que vende antigüedades auténticas de las casas de Valparaíso, tales como cerrojos, candados, picaportes y objetos diversos.

Café Mirador

Bajo el ascensor se encuentra el Café de Arte Mirador situado en la antigua casa del maquinista. Su dueño, Danilo Bruna Tello, ha sabido conferirle al café un carácter evocativo, adornándolo con objetos antiguos como planchas a carbón, máquinas de coser, lámparas a carburo, llaves, teteras y botellas de colores puestas al trasluz. Sorprende la decoración típicamente porteña, con redes y objetos náuticos. El suelo es de pino oregón y está tallado. Hay una curiosa lámpara realizada con una silla de Viena pintada de violeta. En un costado hay un balcón interior que permite apreciar la inmensa maquinaria del ascensor, especialmente impresionante cuando está en movimiento.

“Siempre he soñado que este café sea como un buque anclado” dice Bruna Tello.

Desde la terraza del Café Mirador se ve una imponente casona

asomada al barranco, justo al borde del ascensor Artillería. Esta es una de las construcciones más emblemáticas de la ciudad.

La casa del ascensor Artillería

Una de las casas más típicas y fotografiadas de Valparaíso es la que se encuentra enclavada en el cerro Artillería, justo al borde del barranco, como si se fuera a precipitar al vacío. Es una de las últimas construcciones de este tipo realizadas en el sector, después de las iniciales del paseo Harrington de estilo historicista y neogótico.

La que vemos enclavada en la calle Artillería, junto al ascensor que conduce al paseo 21 de Mayo, fue construida entre 1908 y 1909 para don Wenceslao Campuzano. Fue encargada a los arquitectos italianos Arnaldo Barrison y Renato Schiavon, quienes acababan de llegar de Italia en busca de trabajo atraídos por la idea de la reconstrucción de casas después del terremoto de 1906. Esta famosa casa ha sido recién transformada en un interesante café restorán.

El señor Campuzano, propietario original de la casona, era un alto funcionario de la Aduana que requería una buena vivienda cercana a su lugar de trabajo. Sin vacilar, adquirió los terrenos y construyó la casa en la escarpada pendiente, asegurándose de una excelente vista a la bahía y de una óptima orientación solar. En el primer piso —que coincide con el acceso por la calle Artillería— se situaron el escritorio, los salones y el comedor. En el segundo piso están los dormitorios. Y en el último piso, las habitaciones de servicio.



El interior de la vivienda es muy fino en todos sus detalles, como los papeles murales que recubren las paredes. Una valiosa escalera de caoba une los pisos. Al frente, destaca una amplia galería vidriada como las que suelen verse en el norte de España, principalmente en La Coruña. Las puertas y ventanas denotan calidad en el tratamiento de las maderas talladas y caladas. En todos los detalles, los arquitectos revelaron el buen gusto artístico y la cultura europea. El mobiliario importado, los cuadros, cortinajes y alfombras realzaron esta señorial casa, fiel ejemplo de vivienda de la alta burguesía porteña de principios del siglo XX.

Vale la pena detenernos un momento para contemplar el enorme legado de los jóvenes arquitectos Barrison y Schiavon, quienes llegan con muchas ilusiones a trabajar a un Puerto desmantelado por el terremoto. Vienen con los conocimientos del Art Nouveau europeo, pero deben adaptarse a los gustos más convencionales de los porteños, de modo que planifican esta vivienda, siguiendo un poco los moldes de las típicas casonas de Playa Ancha ya construidas previamente. Deben también aprender a edificar siguiendo los escarpados terrenos del Puerto.

Arnaldo Barrison Desman nació en Venecia en 1883, educán-

dose allí en el seno de una familia de artistas, ya que su padre era pintor, un hermano tocaba el violín y su hermana, el piano. Estudia arquitectura en Trieste, donde traba amistad con Renato Schiavon, quien se convertirá en su inseparable amigo, colega y socio profesional. Juntos emprenden el viaje a Valparaíso y su primera obra de arquitectura en nuestra ciudad es esta casona del cerro Artillería en 1907, teniendo a la sazón 24 años. Luego trabaja con José Smith Solar, autor del edificio de la Universidad Técnica Federico Santa María.

En 1914 se casa con Mercedes González, quien fallece dos años más tarde, dejando un hijo. Luego vuelve a casarse en 1925 con Elvira Roberts Rondizzoni, con quien tiene siete hijos. La unión profesional con Renato Schiavon se materializa en diversas obras capitales de la arquitectura porteña, muchas de las cuales aún están en pie, como el Palacio Barburizza del cerro Alegre, construido en 1916, donde desplegaron toda la riqueza y madurez artística aprendida en el mundo del Art Nouveau europeo.

La sociedad de amigos se disuelve y Arnaldo Barrison desarrolla su trabajo en forma independiente, creando notables obras arquitectónicas para la ciudad, entre ellas la biblioteca Santiago Severin; el Teatro Rívoli, ex Cinema Star en la calle Victoria, en el año 1921; el Monumento a los Caídos, homenaje a los soldados de origen italiano inaugurado en el Colegio Salesiano en 1921; la restauración de la Iglesia de San Juan Bosco inaugurada en 1935; el hotel O'Higgins de Viña del Mar; el teatro Carrera de Quilpué, inaugurado en 1946; numerosas casas familiares en Reñaca, cerro Castillo y cerro Recreo de Viña del Mar, así como diversos mausoleos en el cementerio 3 de Playa Ancha, entre ellos el de su propia familia, donde fue sepultado en el año 1970 a la edad de 87 años.

Renato Schiavon, el otro arquitecto, nació en Pola, Italia, en 1887. Luego de estudiar en Trieste y de conocer allí a Arnaldo Barrison, decide venir a Valparaíso a probar fortuna. Durante los primeros años en Valparaíso trabaja en los diarios y revistas, ya que poseía un gran carácter artístico y tenía facilidad para ejecutar dibujos, bosquejos y caricaturas.

En 1918 contrae matrimonio con Caterina Zambrini. Al año siguiente nace una hija a la que bautizan con el nombre de Giulia Vitteria. Desarrolla una gran labor docente en la Universidad Católica de Valparaíso en la Escuela de Arquitectura. Vuelve a casarse en 1945 con Ana Modesta Bernal Muñoz, con quien se radica en Villa Alemana hasta su fallecimiento en 1949. Su amigo Arnaldo lo sobrevive 21 años más.

Renato Schiavon construyó importantes obras arquitectónicas, entre ellas el conjunto del Teatro Pompeya de Villa Alemana en la avenida Latorre, en 1925; el Banco Central de Chile situado frente al reloj Turri en 1925 y el Teatro Municipal de Viña del Mar en 1930.

Bajada a la Aduana

Desde el paseo 21 de Mayo la ruta sigue a pie bajando entre casas antiguas y escalinatas hasta llegar a Carampangue que desemboca en la plaza de



la Aduana. Esta calle Carampangue que separa el cerro Artillería del cerro Arrayán se llamó antiguamente Quebrada de Juan Gómez, en recuerdo de un alguacil que tuvo la ciudad. En 1871 se le cambió el nombre en homenaje a la Batalla de Carampangue.



En una de las casas de la subida Carampangue se fundó en 1892 el equipo de fútbol emblemático de la ciudad: el Club Santiago Wanderers. Sorprende que el nombre del club deportivo de Valparaíso se llame Santiago. La razón se debe a que poco antes un grupo de ingleses afincados en la ciudad había fundado el Valparaíso Wanderers.

Copiando siempre, pero con una ligera variación, le pusieron al nuevo Santiago Wanderers, nombre que ha perdurado hasta el día de hoy. La palabra Wanderers quiere decir “vagabundos” y emula el nombre de un conocido equipo de fútbol en Gran Bretaña, Boynton Wanderers.

Las casas de la subida Carampangue son interesantes desde un punto de vista arquitectónico y corresponden a una edificación de varios pisos posterior al terremoto de 1906.

Calle Bustamante

La subida Carampangue desemboca en la plaza de la Aduana. Allí la ruta continúa por la calle Bustamante que corresponde al antiguo Barrio Chino del Puerto. A ambos lados se encontraban los restaurantes, cantinas y bares de marineros, entre ellos el célebre Roland Bar, frecuentado por el premio Nobel de Literatura Pablo Neruda, hoy desaparecido después de un incendio. Sobreviven algunas casas revestidas por calaminas de zinc y almacenes portuarios. La calle desemboca en la plaza Echaurren.



La plaza Echaurren

En este preciso lugar en 1536 atracó la pequeña nave Santiaguillo, por lo cual no es exagerado decir que Valparaíso nació a partir de esta plaza. Hoy se mantiene como el sector más antiguo del Puerto donde se encuentran los edificios más notables, entre ellos el antiguo Mercado con sus pilastras y pequeños puestos de comida que ofrecen a muy bajo precio las comidas porteñas: piure, chupe de jaibas, ensalada de cochayuyo y luche, sopa marinera o mariscal; completo surtido de mariscos crudos con limón. Vale la pena pasearse por el interior de este viejo edificio que ostenta unas rampas en pendiente para acceder a los distintos niveles. Hay allí

un buen ejemplo de mercado popular, destacándose los puestos de pescados y mariscos, aves de corral, frutas y flores.

Los edificios que rodean la plaza Echaurren son todos notables y datan de mediados del siglo XIX. Recomendamos visitar el viejo emporio con mostradores y estanterías de madera. Las vitrinas de cristales biselados están decoradas de una manera muy característica, disponiendo platillos con canela, orégano y ají de color a la vista. Es también sector de bodegas y de anticuarios marítimos, donde es posible encontrar escafandras y artilugios de barco. Es recomendable admirar la plaza y su entorno, observando a los vendedores callejeros.

Con suerte, veremos al organillero que destempla en el aire las notas de una vieja melodía, mientras una porteña se hace ver la suerte por medio de un lorito que le saca un mensaje de la buena fortuna. Los papelillos están organizados en dos cajoncillos que dicen: Señoritas y Caballeros. El organillero es un personaje característico de las calles del Puerto y es frecuente verlo en estas esquinas con su cargamento de remolinos y pajaritos de cartulina pintada.

En un costado de la plaza Echaurren existía la Droguería Knopp, una de las más antiguas boticas del país que conservaba hasta hace poco el magnífico mobiliario de madera con preciosas vitrinas biseladas y frascos de farmacia del siglo XIX. Alrededor de la plaza hay también otros almacenes característicos, principalmente tiendas de abarrotes, ferreterías, casas de menaje y cristalerías.

Desde el centro de la plaza Echaurren se puede obtener una importante vista para darse una idea de la característica de una ciudad dividida en cerros y “plan”. Antiguamente, el centro de esta plaza era playa y todo el terreno desde aquí hacia el norte fue ganado al mar. Hay incluso una señalización en un costado de la plaza que indica el lugar exacto donde llegaba la marea en tiempos antiguos.

La Iglesia de la Matriz

Este sector de calles laberínticas y estrechas debe recorrerse lentamente en especial en horas de la mañana para ver el movimiento callejero y el ambiente portuario. De día permite ver



los vendedores callejeros de fruta, las tiendas abiertas, los bares o cantinas, las “reparadoras de calzado” y las “carnicerías de equino”. El recorrido serpenteante entre calles estrechas sube por Clave y dobla a mano derecha por la calle Almirante Riveros, donde se encuentra la hermosa Iglesia de La Matriz, una de las más importantes y antiguas del Puerto, declarada Monumento Nacional en 1971.

Vale la pena observar el entorno antes de entrar a la iglesia misma y detenerse a admirar las casonas que la circundan con hermosos



balaustros y puertas con mamparas. Allí, en ese solar, el obispo Rodrigo González Marmolejo levantó una capilla en el año 1554 para divulgar el catolicismo, ganándole terreno

al mar y creando un espacio artificial. La capilla no tardó en ser destruida por violentos maremotos, vendavales, terremotos y ataques de filibusteros.

En 1578 fue arrasada por el temible pirata inglés Sir Francis Drake. Luego fue saqueada por el corsario holandés George Spilbergen en 1615. La capilla fue restaurada y comenzó otra vez a funcionar en la primera mitad del siglo XVII.

Lamentablemente, sucesivos cataclismos y vendavales volvieron a destruir la iglesita principal y “Matriz” de Valparaíso, hasta que fue preciso demolerla totalmente y construir otra de mayor importancia con gruesos murallones de adobe colonial.

En efecto, en 1837 se coloca la primera piedra de la iglesia que conocemos en la actualidad. Su primer nombre fue Iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes del Puerto Claro, pero luego, por lo extenso del nombre, pasó a llamarse Parroquia Matriz del Salvador. La hermosa iglesita de sobrias proporciones al pie del cerro Santo Domingo se caracteriza primeramente por el atrio o explanada de losetas de pizarra que baja de la puerta de entrada en medio de escalinatas y balaustradas, ajustándose así a las pendientes del cerro en declive. La iglesia misma tiene una fachada de estilo neoclásico, con tres puertas coronadas por ventanas circulares y una característica torre octogonal.

En su despojado y sobrio interior de tres naves se conserva una importante talla colonial española del siglo XVII de la escuela sevillana, donada por los reyes de España. La leyenda de este Cristo de la Agonía dice que inicialmente el Cristo fue guardado en la Iglesia de La Matriz con el propósito de trasladarlo luego a una iglesia de Santiago. Cuando se procedió el traslado, el Cristo se negó a salir de la iglesia donde se sentía cómodo y fue imposible que los bueyes movieran un sólo centímetro la carreta en donde estaba situada la imagen para realizar el pesado viaje a Santiago. Los vecinos atribuyeron el hecho a un milagro y desde entonces el Cristo nunca más se ha movido de La Matriz.

La Zona Típica Cerro Santo Domingo: El Barrio de La Matriz

Las calles que nacen de la Iglesia de La Matriz constituyen la entrada hacia el cerro Santo Domingo y han sido consideradas Zona Típica por el Consejo de Monumentos Nacionales en 1971.

A mano derecha de la iglesia



se encuentra la calle Santo Domingo donde se puede admirar las fachadas de sus casas. Su importancia radica en que en este sector se encuentran las primeras construcciones que hubo en el Puerto.

Hacia atrás está la calle Santiago Severín, una de las más antiguas de la ciudad, en la que habitaron varios regidores del primer cabildo. Allí encontramos un antiguo edificio que en épocas de la Colonia perteneció a la Compañía de Jesús y posteriormente hacia 1767 a la Orden de Predicadores de Santo Domingo, motivo por el cual el sector y el cerro aledaño reciben el nombre de Santo Domingo. En este preciso lugar se constituyó el primer Congreso Nacional. Hoy el convento está abandonado, aunque ha sido declarado Monumento Nacional.

Después de la Independencia, este lugar se usó para representaciones teatrales y actualmente es una dotación de una Comisaría de Carabineros. Se puede bajar por calle Cajilla admirando las fachadas de las viviendas para regresar otra vez al frontis de La Matriz.

El escritor Augusto D'Halmar ha dicho de la plaza de la Iglesia La Matriz “Con su gradería de piedra, su vieja iglesia y su dédalo de callejuelas y tiendecillas, con sus palomas y sus campanas, uno cree estar en Roma, aunque yo en Roma recordaría mi vieja parroquia porteña”.



Posada O'Higgins

Cerro Santo Domingo

La subida al cerro Santo Domingo puede realizarse en auto por la calle Márquez, que es la única calle en subida, o a pie por la calle Echaurren. Ambas desembocan arriba del cerro en el camino Cintura. El recorrido a pie es uno de los más sorprendentes y fascinantes del Puerto, aunque se recomienda precaución. La zona es muy deprimida socialmente y por eso es conveniente ir en pequeños grupos. Dicen que la mejor hora para turistar por estos callejones es el domingo en la mañana, pues hay misa en la iglesia y los “malulos” todavía están durmiendo después de un sábado de frenética fiesta.

Este es uno de los sectores más antiguos del Puerto, ya que fue uno de los primeros que se poblaron por estar en los aledaños de la Iglesia de La Matriz, de modo que se trata de un sector histórico. Sorprenden las casas y la espectacular vista sobre la Quebrada Márquez, llamada así por uno de los asentistas del Cabildo. La ruta asciende por empinadas escaleras que dejan ver pasajes a los lados y antiguas puertas de las casas con aldabas curiosas y manos de fierro que empuñan bolas.

Plazoleta Santo Domingo

Desde la plazoleta Santiago Severín nuestro camino sigue hasta desembocar en la pintoresca plazoleta Santo Domingo. Vale la pena mirar detrás, admirando la torre de la iglesia. El vecindario

parece sacado de la Europa medieval. Aquí el camino termina en una trifurcación de callejones que ofrecen tres distintas opciones para seguir el viaje por el cerro Santo Domingo. La escala a la derecha se llama Juvenal y lleva al caminante hacia uno de los pasajes más fotografiado de todo Valparaíso, el pasaje Juvenal. Allí impresiona una vieja casa estilo colonial con su balcón de roble extendido sobre el pasaje de tal forma que crea la impresión de un túnel. Aquí veraneaba el padre de la patria, don Bernardo O'Higgins.

Para quienes no quieren seguir la agotadora subida hasta la cima del cerro, recomendamos un atajo. Tras visitar el pasaje Juvenal se puede volver a la plazoleta y optar, esta vez, por la escala que parte desde la izquierda y desemboca en el pasaje Ulises, donde se reúne con el mismo sendero bicentenario al llegar a la calle Cajilla. Con esta maniobra, los menos intrépidos pueden ahorrarse la labor de subir todo el cerro y moverse rápidamente hacia el cerro Cordillera.

Hacia la cima de Santo Domingo

Quienes optan por la vuelta completa deben seguir por Juvenal y doblar en la calle Pueyrredon, subiendo hasta la calle Cayocopil. Es una subida impresionante, pues sus callejones penetran hacia pequeñas y humildes casas de centenaria factura. En Cayocopil la ruta hace una media vuelta para bajar la no menos empinada calle Ministro. Vale la pena detenerse a ver la impactante reliquia de la vieja estación superior del abandonado ascensor Santo Domingo, que quedó obsoleto hace tres décadas. Este es uno de los 11 funiculares abandonados en Valparaíso que emanan soledad y tristeza. Eventualmente, calle Ministro desemboca en el pasaje Ulises, que lleva a la calle Cajilla, en dirección hacia el cerro Cordillera.

Calle Cajilla

Descendiendo la calle Cajilla de vuelta hacia el plan, encontramos una casa interesante firmada por el constructor Cabaude con hermosos balcones de metal y coronada por la máscara de un león con las fauces abiertas. Sus salones, con lámparas de lágrimas, denotan su grandeza pasada.

En esta zona de confluencias de calle se aprecia una interesante vista hacia el anfiteatro que forman los cerros Santo Domingo y Toro. De allí sale el Callejón de las Perdices.

La calle Cajilla —o Quebrada de las Cajillas como se le conocía antiguamente— baja entre casas antiguas y deterioradas, separando los cerros Santo Domingo y Toro.

Aquí encontramos el esqueleto del ascensor Cajilla, en desuso desde hace muchos años, que subía hacia ambos cerros. El espectáculo es surrealista y extraño, típico del paisaje porteño. Si el día está nublado, parece salido de un sueño.

Todas estas casas —muy desgastadas— poseen una arquitectura curiosa dada por sus mamparas, puertas antiguas, ventanas de guillotina y muchos perros vagos. Cada casa es un mundo propio. Su interior está subdividido, habitando allí muchas familias en condiciones míseras. Hay cantinas y pequeñas iglesias de distintas religiones. También una hospedería del Refugio de Cristo. La calle Cajilla desemboca otra vez en la plaza Echaurren.

Cerro Cordillera

Por la calle Castillo seguimos la ruta hacia el cerro Cordillera. Para ello hay que subir por una pendiente muy inclinada hasta llegar a la plazoleta Eleuterio Ramírez, entre las calles Víctor Hugo y Merlet, justo a la salida del ascensor Cordillera, el segundo más antiguo de la ciudad (data de 1888).

Esta plazoleta, con antiguos pitosporos, lleva este nombre en recuerdo del teniente coronel Eleuterio Ramírez (1837-1879) que murió en la Batalla de Tarapacá al mando de su regimiento. El monumento fue inaugurado en 1944. Antiguamente esta plazoleta se llamaba Plaza del Castillo, que recordaba al castillo de San José en la explanada del cerro, conocido hoy día como la Casa de Lord Cochrane.

Las calles Víctor Hugo y Merlet tienen casas de sorprendente arquitectura, con galerías vidriadas, fachadas de calamina de zinc pintadas en tonos encendidos y ventanas de guillotina. Estas casas albergaban a las opulentas familias del Puerto, como lo denotan los detalles en sus terminaciones. Son edificaciones de grandes dimensiones que poseen una excelente vista a la bahía desde sus pisos superiores. La calle Merlet tiene este nombre en recuerdo de un conocido vecino de Valparaíso.

En este barrio se asentaron las primeras familias acomodadas de Valparaíso alrededor de 1820, principalmente extranjeras, entre ellas los Purcell, Zahr, Peragallo, Wiegand, Consiglieri, Frugone y los escandinavos Lund. De esta manera, se considera el primer barrio residencial de la ciudad.

Casa de Lord Cochrane



Caminando por la calle Merlet se llega a la casa y Museo de Lord Cochrane en la explanada del cerro Cordillera, donde antiguamente se levantaba el castillo San José, terminado de construir en el año 1692, justo al borde del acantilado. Con posterioridad, el astrónomo y relojero inglés John Mouat construyó la casa entre los años 1840 y 1843,

conociéndose como El Observatorio, ya que tenía una serie de instrumentos para la medición del cielo, telescopios y globos terráqueos.

Esta vivienda tiene una arquitectura muy distinta a las construcciones tradicionales porteñas, ya que se trata de una casa colonial con murallones de adobe, ventanas con rejas, corredores con pilares de roble y ciprés sobre bases de piedra y tejado de teja española. Tiene una hermosa terraza con cañones asomados a la bahía. Desde allí se contempla la plaza Sotomayor y se tiene una idea de cómo era la vida en este sector en el siglo XIX. La leyenda relaciona esta casa con la vida de Lord Cochrane, sin embargo, nunca llegó a habitarla, porque cuando el almirante vivió en el Puerto, la casa aún no estaba construida. Hoy día es un curioso museo con muebles históricos. El

entorno está cuidado con agradables jardines y árboles añosos. Desde 1979 es Monumento Nacional.

Subida Castillo

La ruta continúa ascendiendo entre altivas casas de aire señorial, mucho más elegantes que las del cerro anterior, aunque deterioradas por el paso del tiempo. A mano izquierda, se observa el ascensor San Agustín, construido en 1913, uno de los pocos ascensores aún en uso en la ciudad de los 40 que existían originalmente. Es muy poco conocido, por lo que se recomienda una visita, especialmente para observar la sala de máquinas.

Capilla de Santa Ana

En la calle Balmes encontramos la derruida Capilla de Santa Ana que ostenta cuatro grandes columnas en la entrada. Esta hermosa iglesia de sobrias proporciones fue construida en 1882 y estaba a cargo de las religiosas de Santa Verónica. Tenía gran movimiento de fieles que repletaban las tres naves. Hoy día está cerrada y en mal estado. Al lado está el Hogar de Niñas María Goretti.



La Población Obrera

En lo alto de la subida Castillo encontramos un curioso edificio construido en madera y ladrillo con el propósito de darles una vivienda digna a los obreros. El cité o conventillo fue inaugurado por el Presidente de la República Federico Errázuriz el 9 de enero de 1898, sobreviviendo estoicamente el terremoto de 1906.

Es la “Casa Central de la Población Obrera de la Unión Fundada en Beneficio de la Unión Social de Orden y Trabajo por la Señora Doña Juana Ross de Edwards”. Su interior denota la pobreza del sector. Es un patio interior en el que convergen los distintos balcones de varios pisos dispuestos en cuadrilátero. Abajo están las artesas comunes. Aún está habitado. Su arquitectura sorprende hasta el día de hoy.

Ascensor San Agustín

Desde la Población Obrera regresamos bajando por la misma calle Castillo hasta encontrar la calle Canal y el Ascensor San Agustín, el menos conocido monumento nacional de Valparaíso. Una vez abajo, seguimos bajando la calle Tomas ramos hasta llegar a la Plaza de la Justicia. Un buen lugar para tomar un café. ¡Acabas de terminar la segunda etapa!